







**Los pobres
son la fuerza.
Discursos de
Ricardo Flores
Magón**

Flores Magón, Ricardo. Los pobres son la fuerza :
discursos de Ricardo Flores Magón .
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
EGodot Argentina, 2014. 112 p. ; 20x13 cm.
ISBN 978-987-1489-77-0 1.
Filosofía. I. Título CDD 190

Los pobres son la fuerza

Ricardo Flores Magón

Corrección

Gimena Riveros

Foto de tapa

Matías Moyano

Ilustración de Ricardo Flores Magón

Marcos Santos (Marcus)

www.santos-dibujos.com.ar

Diseño de tapa e interiores

Víctor Malumíán

Ediciones Godot ©

Colección Exhumaciones

www.edicionesgodot.com.ar

info@edicionesgodot.com.ar

Buenos Aires, Argentina, 2015

[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)

[Twitter.com/EdicionesGodot](https://twitter.com/EdicionesGodot)

Impreso en Bonusprint, Luna 261,
Capital Federal, República Argentina,
en marzo de 2015

Aclaración de los editores

En esta selección de discursos de Ricardo Flores Magón, que juzgamos cruciales para entender su pensamiento y sus ideales acerca de la necesidad de romper con la sanguinaria dictadura de Porfirio Díaz en México, decidimos, para que al lector le resulte más amena la lectura, reemplazar las formas verbales derivadas del “vosotros”, marca de época caída totalmente en desuso y que, creemos, puede resultar chocante en la lectura. Las sustituimos por las formas derivadas del “tú”. De todas maneras, aclaramos, por si hiciera falta, que nada del contenido se vio modificado por esta decisión editorial (y si esto hubiera sucedido, en ningún momento nos habríamos planteado realizar estos cambios).

Semblanza de Ricardo Flores Magón

Tendría yo unos 18 años cuando mi hermano mayor, Jesús, trajo a casa un libro titulado: *Los nihilistas*. Podemos decir que ese fue el primer libro que vino a despertar en nuestros cerebros ideas sociales más concisas de las que ya nos bullían.

Pobres y miserables éramos, como pobres y miserables lo hemos sido en toda nuestra vida. De humildísima cuna, naturalmente siempre vivimos en contacto con el dolor de los desheredados; y este malestar social, desde pequeños, hizo marca en nuestro carácter, dejando huella profunda que jamás se ha borrado. *Los nihilistas* despertó en nosotros ansias de libertad, mejor definidas en Ricardo, que contaba dos años y medio más que yo.

Algo que también trabajó mucho en nosotros, para empujarnos hacia la lucha y afianzar más aún nuestra nostalgia por la justicia social, fue el profundo contraste que a simple vista resultaba entre pobres y ricos, mucho más aún en la época porfiriana que en la presente. Por un lado, en la avenida principal de *Plateros*, ahora *Francisco I. Madero*, se podía contemplar el lujo insultante de aquella burguesía, principalmente en días festivos, arrastrada en lujosos carruajes, llena de pedrería, de sedas y perfumes, soberbia y altanera, mientras que a tiro de piedra, al salir de *Plateros*, sobre el *Zócalo* se encontraba uno entre una multitud de seres demacrados, casi desnudos, pobres y miserables.

Cuando Ricardo y Jesús cayeron presos en mayo de 1901, Eugenio Arnoux y yo, aunque torpes para el manejo de la pluma, y con la ayuda de algunos artículos que los presos lograban enviar de contrabando desde sus calabozos, sostuvimos vivo a *Regeneración*, hasta que el dictador lo mató. En esa ocasión me encontré entre los libros de Ricardo, *Mentiras convencionales de nuestra civilización* y *La conquista del pan*. Por demás está decir que devoré aquellos libros, que despejaron en mi cerebro las confusas ideas germinadas en él; y que, estoy seguro, hicieron igual efecto en el de Ricardo con anterioridad.

Cuando en julio de 1902 Ricardo arrendó el periódico *El hijo del Ahuizote* que entre él y yo redactábamos, fuimos lectores apasionados de Faure, Malatesta, Grave, Kropotkin, Gorki y Proudhon, consiguiéndonos difícilmente sus obras, por ser sumamente escasas en México en aquel entonces.

Cuando en septiembre del mismo año, 1902, Ricardo cayó preso junto con Evaristo Guillén y Federico Pérez Fernández, también caí yo junto con ellos; y en la prisión militar de *Santiago Tlatelolco*, donde fuimos hospedados por la tiranía reinante, fue cuando por primera vez hablamos seriamente Ricardo y yo sobre la conveniencia de propagar los ideales comunistas anárquicos que ya profesábamos, concluyendo por considerarlo inoportuno, dado el medio en que vivíamos, de una tiranía aplastante, que no nos permitiría ir muy lejos; y menos aún cuando en México había un prejuicio tremendo contra el anarquismo. Hasta el tibio socialismo de Estado sembraba espanto en el ánimo popular.

A últimos de enero de 1903 salimos de aquel presidio, para caer en la cárcel de *Belén* dos meses más tarde, con cualquier pretexto, pero en realidad por haber convertido una manifestación monstruo porfirista en

antiporfirista. Fue entonces cuando más de ochenta personas, entre ellas hasta niños voceadores de nuestro periódico, fuimos reducidos a prisión.

Ahí volvimos a hablar seriamente, Ricardo y yo, sobre la posibilidad de la propaganda anarquista. En esta ocasión, Juan Sarabia tomó participación en nuestras discusiones; pero no pudo llegar a estar de completo acuerdo con nosotros, deteniéndose siempre en el límite de un socialismo parlamentario por demás moderado.

El hijo del Ahuizote fue asesinado por Díaz; pues aunque estábamos presos, escribíamos desde nuestros calabozos como cuando estuvimos en la prisión militar. *Excélsior*, nuestro periódico serio y en el cual cada uno firmaba sus artículos, para dar aliento con nuestro ejemplo de valor civil, solo alcanzó a publicarse hasta el cuarto número. Muertos nuestros dos periódicos, publicamos *El alacrán*, que al tercer número murió. Entonces publicamos *El padre del Ahuizote*, y muerto este, *El nieto del Ahuizote*; después *El bisnieto del Ahuizote*; todos ellos con vida efímera, pues pronto eran suprimidos. Hasta que Porfirio Díaz decretó que ningún periódico o escrito nuestro podría ser publicado en México, so pena de severos castigos a los impresores que lo hicieran y decomisión de imprenta.

Desarmados por completo, sin quien se atreviera a publicar algo nuestro, pensamos en la mejor manera de salir adelante. Fue en esa ocasión cuando Ricardo y yo maduramos nuestro programa de acción para el futuro.

Nuestro primer paso debería de ser salir del país, marchándonos a Estados Unidos, a la entonces llamada *República Modelo*, que tenía fama de que los refugiados políticos eran respetados. Nuestros primeros trabajos deberían encaminarse al derrocamiento de la secular dictadura porfiriana; a cuyo efecto, reorganizaríamos

el *Partido Liberal Mexicano*, estableciendo nosotros en aquel país la *Junta Organizadora* del mismo, para agrupar a todos los elementos antiporfiristas que ya habíamos reunido, y los que siguiésemos conquistando, bajo una misma bandera.

Conocedores del medio en que vivíamos y de la psicología, tradiciones, prejuicios, atavismos, etc., etc., del pueblo mexicano, y teniendo en cuenta el antagonismo, o mejor dicho, el miedo, del pueblo de entonces ante las ideas avanzadas, comprendimos desde luego lo imprudente que hubiera sido declarar nuestros postulados anarquistas; imprudencia que hubiera dado por resultado que quedásemos aislados y nuestra labor reducida prácticamente a nada. Por tal motivo, nuestro plan fue organizar el *Partido Liberal Mexicano*, fortalecerlo y después darle un programa cualquiera a seguir, como lo fue el de julio de 1906, que nos sirviera de pretexto para soliviantar en armas al pueblo mexicano en contra de Porfirio Díaz, para entonces, una vez en plena rebelión armada, cuando la conciencia de la propia fuerza convierte a los cobardes en audaces y las mentes conservadoras se espantan menos con las ideas avanzadas, presentarnos abiertamente como anarquistas, buscando orientar al movimiento armado hacia una finalidad libertaria, o al menos lo más avanzada posible, de manera que si nuestros esfuerzos no daban todo el fruto apetecido, sirvieran siquiera de base para futuras reivindicaciones.

Fue ese el plan que más tarde fuimos desarrollando y a nadie en absoluto revelamos, para impedir que una indiscreción diera al traste con nuestros trabajos. Acariciábamos en la mente nuestros altos ideales, que celosamente guardábamos en nuestros cerebros, esperando el momento oportuno para que, al esparcirlos diesen fruto seguro. Fue para nosotros altamente pe-

noso tener que ocultar nuestra identidad anarquista y concretar nuestros escritos a arengas patrióticas que no sentíamos y a simular ser políticos cuando abominábamos de la política.

Después del primer levantamiento de 1906, apareció en junio de 1907 nuestro periódico *Revolución*. Como ya los ánimos populares estaban excitados, consideramos entonces conveniente comenzarle a inyectar a nuestra propaganda liberal algo de propaganda anárquica; pero siempre bajo la etiqueta liberal. Podemos decir que *Revolución* fue el órgano del *Partido Liberal Mexicano* en su período de transición al anarquismo, por cuyos ideales nuestra propaganda se hacia más y más definida, aunque siempre con resabios liberales, que iban siendo borrados mientras más se acercaba el día que habíamos fijado para el levantamiento armado, el 25 de junio de 1908, Práxedes G. Guerrero y yo, de acuerdo con Ricardo y Rivera, presos con Villarreal desde agosto de 1907. A principios de ese año y para darle una orientación social más definida a nuestro movimiento, acostumbramos poco a poco a nuestros camaradas a cambiar nuestro viejo lema de *Reforma, Libertad y Justicia*, por el de *Pan, Libertad y Justicia*, aunque en ocasiones aún usábamos el anterior, principalmente en los documentos oficiales, para no descubrirnos aún por completo.

Nuestro levantamiento de 1908, aunque fracasó, sirvió para despertar más al pueblo mexicano y sacarlo de la abyecta sumisión en que se hallaba bajo la bota del sanguinario Porfirio Díaz, dándole mayores arrestos revolucionarios, mayores atrevimientos y más ansias de libertarse de aquella opresión agobiante.

De ahí que cuando *Regeneración* reapareció en 1910, ya le diéramos una orientación marcadamente anarquista; pero siempre vigilando cuidadosamente de pren-

derle a nuestra propaganda una etiqueta liberal, tomándonos la precaución de cuidar que jamás se nos escapase escribir o pronunciar la palabra *anarquía* o *anarquista*, que habrían espantado a los timoratos que abundaban en nuestras filas, los que propagaban ya nuestras ideas anarquistas, sosteniendo de buena fe que eran liberales. Ese cuidado tuvimos hasta en nuestro *Manifiesto del 23 de septiembre de 1911*, en el que con toda pureza campean los ideales anarquistas comunistas, pero sin que se encuentre en todo ese documento ni una sola vez, esas palabras, que aún sembraban el espanto en la inmensa mayoría de los mexicanos. Si hubiéramos cometido la imprudencia de escribir esas palabras, dicho documento no habría alcanzado el larguísimo tiraje que tuvo, ni hubiera sido aceptado como la nueva bandera a seguir, con su nuevo lema de finalidad social amplia y profunda: *Tierra y Libertad*.

Fue en 1914, cuando salimos de la *Penitenciaría de MacNeil* y nos apuramos a regresar a nuestros puestos de combate, que abiertamente nos presentamos ya como anarquistas. Había terminado el peligro de quedarnos aislados y de que nuestros esfuerzos fueran infructuosos. La familia anarquista entre los mexicanos hacía ya número y nuestras ideas habían echado hondas raíces en la conciencia popular de este país lo bastante para dar garantías para el futuro.

Inevitablemente, los políticos han sabido aprovecharse de nuestros esfuerzos. El número de los que trafican con el bienestar de los demás, para su propio provecho, es infinito. Por otra parte, en tiempo de revoluciones, como cuando hay torbellinos, la basura sube inmediatamente, mientras se asienta el tiempo; después todo cae, la polvareda se calma y la naturaleza vuelve a sonreír a sus hijos.

La revolución social mexicana no ha terminado aún; solamente toma un pequeño descanso, después de largos diez años de constante batallar, arma al brazo. La basura aún está arriba; pero no debe cantar triunfo todavía. La revolución social mexicana está en un período de receso, mientras que engrasa el mosquete y reorganiza mejor sus fuerzas, para seguir adelante, con sangre nueva, joven, vigorosa.

De los viejos iniciadores de aquella contienda quedamos vivos muy pocos; muchos han muerto, muchísimos otros, como Antonio de P. Araujo, han defecionado lastimosamente, encanallándose a los pies de la basura, al parecer triunfante.

Pero en cambio, un buen porcentaje de sangre joven ha entrado a nuestro movimiento, inyectándole nueva vida y nueva fuerza. Estos buenos muchachos serán los continuadores de la obra, dentro de poco; y con ellos iremos los viejos a colaborar con nuestros esfuerzos y nuestra experiencia duramente adquirida, con la esperanza halagadora de poder seguir siendo útiles en algo a la causa común.

Ahora, estamos en paz, algo menos que la paz tradicional de Varsovia, esparciendo constantemente nuestra propaganda por todos los medios que nuestra miseria nos permite, esperando a que *el tiempo madure*, como diría nuestro querido Errico Malatesta.

Mientras tanto, nuestras ideas avanzan, hallando campo fructífero en los desengaños políticos frecuentes, que sufren los que aún creen en la necesidad de tener un arriero como los asnos, que les corta el cuero a paños, para poder caminar por la senda de la vida. Afortunadamente, como digo, los desengaños son frecuentes, con cada merolico que sube al poder ofreciendo miles de remedios sociales, pero sin curar ningún mal. Todos

los que suben son amigos de los trabajadores y van a hacer su felicidad. Así hablan esos aventureros, porque estando ya en nuestra atmósfera un ambiente radical, no pueden atraerse a la gente y conseguir sus votos si no es hablando radicalmente.

Los políticos son el mejor espejo del pensamiento popular. Si ellos hablan radicalmente es porque el pueblo piensa más radicalmente de lo que ellos se permiten hablar; naturalmente, siempre buscando torcer las ideas para su conveniencia personal. Pero tanto ofrecen sin cumplir nada; tantos suben y bajan sin que el pueblo halle remedio a sus males, que nuestras filas van aumentando. Con lo que la revolución social, mientras toma un pequeño descanso, sigue engrosando sus filas.

Esto, afortunadamente, no lo ve la basura desde lo alto del plano en que se mueve a impulsos del remolino revolucionario; y aunque hablando aún radicalmente y expidiendo decretos anodinos, dizque para remediar la condición de los de abajo, sin conseguir más que crear nuevos puestos para nuevas sanguijuelas públicas que chupen la sangre del pueblo, procuren a la vez ir restringiendo las pocas libertades conquistadas, con la esperanza de regresar a los buenos tiempos porfirianos. Y, naturalmente, todo esto va devolviendo sus fuerzas a la fatigada revolución social que espero podrá ponerse pronto en marcha nuevamente, con mayores bríos y con una finalidad ya bien definida: hacia el comunismo anárquico.

Enrique Flores Magón,
Periódico *La Protesta*, 30 de marzo de 1925

Los pobres son la fuerza

Discursos de
Ricardo Flores Magón

La libertad económica es la base de todas las libertades

(Discurso del 16 de septiembre de 1910)

Compañeros:

Un recuerdo glorioso y una aspiración santa nos congregan esta noche. Cada vez más claro, según el tiempo avanza; cada vez más definido, según pasan los años, vemos aquel acto grandioso, aquel acto inmortal llevado a cabo por un hombre que en los umbrales de la muerte, cuando su religión le mostraba el cielo, bajó la vista hacia la Tierra, donde gemían los hombres bajo el peso de las cadenas, y no quiso irse de esta vida, no quiso decir su eterno adiós a la humanidad sin antes haber roto las cadenas y transformado al esclavo en hombre libre.

Yo gusto de representarme el acto glorioso. Veo con los ojos de mi imaginación la simpática figura de Miguel Hidalgo. Veo sus cabellos, blanqueados por los años y por el estudio, flotar al aire: veo el noble gesto del héroe iluminar el rostro apacible de aquel anciano. Lo veo, en la tranquilidad de su aposento, ponerse repentinamente en pie y llevar la mano nerviosa a la frente.

Todos duermen, menos él. La vida parece suspendida en aquel pueblo de hombres cansados por el trabajo y la tiranía; pero Hidalgo vela por todos, Hidalgo piensa por todos. Veo a Hidalgo lanzarse a la cabeza de media docena de hombres para someter un despotismo sostenido por muchos miles de hombres. Con un puñado de valientes llega a la cárcel y pone en libertad a los presos; va a la iglesia después y congrega al pueblo, y, al frente de menos de cincuenta hombres, arroja el guante al despotismo.

Ese fue el principio de la formidable rebelión cuyo centenario celebramos esta noche; este fue el comienzo de la insurrección que, si algo puede enseñarnos, es a no desconfiar de la fuerza del pueblo, porque precisamente fueron sus autores los que aparentemente son los más débiles.

No fueron los ricos los que rodearon a Hidalgo en su empresa de gigante: fueron los pobres, fueron los desheredados, fueron los parias, los que amasaron con su sangre y con sus vidas la gloria de *Granaditas*, la tragedia de *Calderón* y la epopeya de *Las Cruces*.

Los pobres son la fuerza, no porque son pobres, sino porque son el mayor número. Cuando los pueblos tengan la conciencia de que son más fuertes que sus dominadores, no habrá más tiranos.

Proletarios: la obra de la *Independencia* fue su obra; el triunfo contra el poderío de España fue su triunfo; pero que no sirva este triunfo para que se echen a dormir en brazos de la gloria. Con toda la sinceridad de mi conciencia honrada los invito a despertar.

El triunfo de la revolución que iniciaron el 16 de septiembre de 1810 les dio la *Independencia nacional*; el triunfo de la revolución que iniciaron en Ayutla les dio la *libertad política*; pero siguen siendo esclavos, esclavos de

ese moderno señor que no usa espada, no ciñe casco guerrero, ni habita almenados castillos, ni es héroe de alguna epopeya: son esclavos de ese nuevo señor cuyos castillos son los bancos y se llama el Capital.

Todo está subordinado a las exigencias y a la conservación del Capital. El soldado reparte la muerte en beneficio del Capital; el juez sentencia a presidio en beneficio del Capital; la máquina gubernamental funciona por entero, exclusivamente, en beneficio del Capital; el Estado mismo, republicano o monárquico, es una institución que tiene por objeto exclusivo la protección y salvaguarda del Capital.

El Capital es el Dios moderno, a cuyos pies se arrojan y muerden el polvo los pueblos todos de la Tierra. Ningún Dios ha tenido mayor número de creyentes ni ha sido tan universalmente adorado y temido como el Capital, y ningún Dios, como el Capital, ha tenido en sus altares mayor número de sacrificios.

El Dios Capital no tiene corazón ni sabe oír. Tiene garras y tiene colmillos. Proletarios, todos ustedes están entre las garras y colmillos del Capital; el Capital les bebe la sangre y trunca el porvenir de sus hijos.

Si bajan a la mina, no es para hacerse ricos ustedes, sino para hacer ricos a sus amos; si van a encerrarse por largas horas en esos presidios modernos que se llaman fábricas y talleres, no es para labrar su bienestar ni el de sus familias: es para procurar el bienestar de sus patrones; si van a la línea del ferrocarril a clavar rieles, no es para que viajen ustedes, sino sus señores; si levantan con sus manos un palacio, no es para que lo habiten su mujer y sus hijos, sino para que vivan en él los señores del Capital.

En cambio de todo lo que hacen, en cambio de su trabajo, se les da un salario perfectamente calculado para

que apenas puedan cubrir las más urgentes de sus necesidades, y nada más.

El sistema de salario los hace depender, por completo, de la voluntad y del capricho del Capital. No hay más que una sola diferencia entre ustedes y los esclavos de la antigüedad, y esa diferencia consiste en que ustedes tienen la libertad de elegir sus amos.

Compañeros: han conquistado la *Independencia nacional* y por eso se llaman mexicanos: conquistaron, asimismo, su *libertad política*, y por eso se llaman ciudadanos; falta por conquistar la más preciosa de las libertades; aquella que hará de la especie humana el orgullo y la gloria de esta mustia Tierra, hasta hoy deshonrada por el orgullo de los de arriba y la humildad de los de abajo.

La libertad económica es la base de todas las libertades. Ante el fracaso innegable de la libertad política en todos los pueblos cultos de la Tierra, como panacea para curar todos los dolores de la especie humana, el proletariado ha llegado a la conclusión de que *la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos*, y este sencillo axioma es el cimiento de granito de toda obra verdaderamente revolucionaria.

Compañeros, conozco al mexicano. La historia me dice todo lo que puede hacer el mexicano. Abran la página de ese gran libro que se llama *historia de México*, y en ella encontrarán los grandes hechos de los hombres de nuestra raza.

Es grande el mexicano cuando rechaza, con su pecho desnudo y sus armas de piedra, al bandidaje español caído en nuestra tierra, en son de conquista; es grande el mexicano cuando vencido y torturado, cuando sus carnes arden en el suplicio del fuego, lanza una mirada despreciativa a sus verdugos y formula, con la sonrisa en los labios, aquella pregunta digna de un dios en desgracia y

que es algo así como la nota más alta de la ironía, arrancada a los horrores de la tragedia: *¿Estoy acaso en un lecho de rosas?*

Es grande el mexicano cuando sepulta, bajo una tormenta de guijarros, la altura altanera de la *albóndiga de Granaditas*; es grande el mexicano en Cuautla, grande en el cerro de *El Sombrero*, grande en Padierna y Chapultepec, grande en Calpulalpan, grande en Puebla, grande en Santa Isabel y en Querétaro.

Grandes saben ser en el infortunio y grandes en el triunfo: ahí está la historia que lo dice.

Cada vez que el humano progreso da un paso, dan ustedes un paso también. No quieren ir atrás, los avergüenza quedarse a la zaga de sus hermanos de las otras razas, y aun bajo el peso de la tiranía, cuando la conciencia humana parece dormir, y cuerpo y espíritu son esclavos, viven en ustedes, con la vida intensa de las cualidades de la raza, el estoicismo de Cuauhtémoc, la serena audacia de Hidalgo, el arrojo indomable de Morelos, la virtud de Guerrero y la constancia inquebrantable de Juárez, el indio sublime, el indio inmenso, el piloto gigante que llevó a la raza a seguro puerto en medio de los escollos y de las tempestades de un mar traidor.

Mexicanos: su pasado merece un aplauso. Ahora es preciso que conquisten el aplauso del porvenir por su conducta en el presente. Han cumplido con su deber en las grandes luchas del pasado; pero falta que tomen la parte que les corresponde en las grandes luchas del presente.

La libertad que conquistaron no puede ser efectiva, no podrá beneficiarlos mientras no conquisten la base primordial de todas las libertades: *la libertad económica*, sin la cual el hombre es miserable juguete de los ladrones del gobierno y de la banca, que tienen sometida a la hu-

manidad con algo más pesado que las cadenas, con algo más inicuo que el presidio y que se llama la miseria, ¡el infierno trasplantado a la Tierra por la codicia del rico!

Se independizaron de España; independízense, ahora, de la miseria. Fueron audaces entonces; sean audaces ahora uniendo todas sus fuerzas a las del *Partido Liberal Mexicano* en su lucha a muerte contra el despotismo de Porfirio Díaz.

En pos de la libertad

(Disertación leída el 30 de octubre de 1910)

La humanidad se encuentra en estos momentos en uno de esos períodos que se llaman de transición, esto es, el momento histórico en que las sociedades humanas hacen esfuerzos para transformar el medio político y social en que han vivido por otro que esté en mejor acuerdo con el modo de pensar de la época y satisfaga un poco más las aspiraciones generales de la masa humana.

Quienquiera que tenga la buena costumbre de informarse de lo que ocurre por el mundo habrá notado, de hace unos diez años a esta parte, un aumento de actividad de los diversos órdenes de la vida política y social.

Se nota una especie de fiebre, un ansia parecida a la que se apodera del que siente que le falta aire para respirar. Es este un malestar colectivo que se hace cada vez más agudo, como que cada vez es más grande la diferencia entre nuestros pensamientos y los actos que nos vemos precisados a ejecutar, así en los detalles como en el conjunto de nuestras relaciones con los semejantes.

Se piensa de un modo y se obra de otro distinto; ninguna relación hay entre el pensamiento y la acción. A esta incongruencia del pensamiento y de la realidad, a esta falta de armonía entre el ideal y el hecho, se debe esa excitación febril, esa ansia, ese malestar, parte de este gran movimiento que se traduce en la actividad que se

observa en todos los países civilizados para transformar este medio, este ambiente político y social, sostenido por instituciones caducas que ya no satisfacen a los pueblos, en otro que armonice mejor con la tendencia moderna a mayor libertad y mayor bienestar.

El menos observador de los lectores de periódicos habrá podido notar este hecho. Hay una tendencia general a la innovación, a la reforma, que se exterioriza en hechos individuales o colectivos: el destronamiento de un Rey, la declaración de una huelga, la adopción de la acción directa por tal o cual sindicato obrero, la explosión de una bomba al paso de algún tirano, la entrada al régimen constitucional de pueblos hasta hace poco regidos por monarquías absolutas, el republicanismo amenazando a las monarquías constitucionales, el socialismo haciendo oír su voz en los Parlamentos, la *Escuela Moderna* abriendo sus puertas en las principales ciudades del mundo y la filosofía anarquista haciendo prosélitos hasta en pueblos como el del Indostán y la China: hechos son estos que no pueden ser considerados aisladamente, como no teniendo relación alguna con el estado general de la opinión, sino más bien como el principio de un poderoso movimiento universal en pos de la libertad y la felicidad.

Lo que indica claramente que nos encontramos en un período de transición es el carácter de la tendencia de ese movimiento universal.

No se ve en él, en manera alguna, el propósito de conservar las formas de vida política y social existentes, sino que cada pueblo, según el grado de cultura que ha alcanzado, según el grado de educación en que se halla, y el carácter más o menos revolucionario de sus sindicatos obreros, reacciona contra el medio ambiente en pro de la transformación, siendo digno de notarse que la fuer-

za propulsora, en la mayoría de los casos, para lograr la transformación en un sentido progresivo del ambiente, ya no viene desde arriba hacia abajo, esto es, de las clases altas a las bajas de la sociedad, como sucedía antes, sino desde abajo hacia arriba, siendo los sindicatos obreros, en realidad, los laboratorios en que se moldea y se prepara la nueva forma que adoptarán las sociedades humanas del porvenir.

Este trabajo universal de transformación no podía dejar de afectar a México, que, aunque detenido en su evolución por la imposición forzosa de un despotismo sin paralelo casi en la historia de las desdichas humanas, de hace algunos años a esta parte, da también señales de vida, pues no podía sustraerse a él en esta época en que tan fácilmente se ponen en comunicación los pueblos todos de la Tierra.

Los diarios, las revistas, los libros, los viajeros, el telégrafo, el cable submarino, las relaciones comerciales, todo contribuye a que ningún pueblo quede aislado y sin tomar carácter mundial, y México toma la parte que le corresponde en él, dispuesto, como todos los pueblos de la Tierra en este momento solemne, a dar un paso, si es que no puede dar un salto -que yo creo que sí lo dará-, en la grande obra de la transformación universal de las sociedades humanas.

México, como digo, no podía quedar aislado en el gran movimiento ascencional de las sociedades humanas, y prueba de lo que digo es la agitación que se observa en todas las ramas de la familia mexicana.

Haciendo a un lado preocupaciones de bandería, que creo no tener, voy a plantear ante ustedes la verdadera situación del pueblo mexicano y lo que la causa universal de la dignificación humana puede esperar de la participación de la sociedad mexicana en el movimiento

de transformación del medio ambiente.

No por su educación, sino por las circunstancias especiales en que se encuentra el pueblo mexicano, es probable que sea nuestra raza la primera en el mundo que dé un paso franco en la vía de la reforma social.

México es el país de los inmensamente pobres y de los inmensamente ricos. Casi puede decirse que en México no hay término medio entre las dos clases sociales: la alta y la baja, la poseedora y la no poseedora; hay, sencillamente, pobres y ricos.

Los primeros, los pobres, privados casi en lo absoluto de toda comodidad, de todo bienestar; los segundos, los ricos, provistos de todo cuanto hace agradable la vida.

México es el país de los contrastes. Sobre una tierra maravillosamente rica, vegeta un pueblo incomparablemente pobre.

Alrededor de una aristocracia brillante, ricamente ataviada, pasea sus desnudeces la clase trabajadora.

Lujosos trenes y soberbios palacios muestran el poder y la arrogancia de la clase rica, mientras los pobres se amontonan en las vecindades y pocilgas de los arrabales de las grandes ciudades.

Y como para que todo sea contraste en México, al lado de una gran ilustración adquirida por algunas clases, se ofrece la negrura de la supina ignorancia de otras.

Estos contrastes tan notables, que ningún extranjero que visita México puede dejar de observar, alimentan y robustecen dos sentimientos: uno, de desprecio infinito de la clase rica e ilustrada por la clase trabajadora, y otro de odio amargo de la clase pobre por la clase dominadora, a la vez que la notable diferencia entre las dos clases va marcando en cada una de ellas caracteres étnicos distintos, al grado de que casi puede decirse que la familia mexicana está compuesta de dos razas diferentes, y

andando el tiempo esa diferencia será de tal naturaleza que al hablar de México, los libros de geografía del porvenir dirán que son dos las razas que lo pueblan, si no se verificase una conmoción social que acercase las dos clases sociales y las mezclase, y fundiese las diferencias físicas de ambas en un solo tipo.

Cada día se hacen más tirantes las relaciones entre las dos clases sociales, a medida que el proletariado se hace más consciente de su miseria y la burguesía se da mejor cuenta de la tendencia, cada vez más definida, de las clases laboriosas a su emancipación.

El trabajador ya no se conforma con los mezquinos salarios acostumbrados. Ahora emigra al extranjero en busca de bienestar económico, o invade los grandes centros industriales de México.

Se está acabando en nuestro país el tipo de trabajador por el cual suspira la burguesía mexicana: aquel que trabajaba, para un solo amo toda la vida, el criado que desde niño ingresaba a una casa y se hacía viejo en ella, el peón que no conocía ni siquiera los confines de la hacienda donde nacía, crecía, trabajaba y moría.

Había personas que no se alejaban más allá de donde todavía podían ser escuchadas las vibraciones del campanario de su pueblo. Este tipo de trabajador está siendo cada vez más escaso.

Ya no se consideran, como antes, sagradas las deudas con la hacienda, las huelgas son más frecuentes de día en día y en varias partes del país nacen los embriones de los sindicatos obreros del porvenir.

El conflicto entre el Capital y el Trabajo es ya un hecho, un hecho comprobado por una serie de actos que tienen exacta conexión unos con otros, la misma causa, la misma tendencia; fueron hace algunos años los primeros movimientos de los que despierta y se encuentra con

que desciende por una pendiente; ahora es ya la desesperación del que se da cuenta del peligro y lucha a brazo partido movido por el instinto de propia conservación. Instinto digo, y creo no equivocarme.

Hay una gran diferencia, en el fondo, de dos actos al parecer iguales. El instinto de propia conservación impele a un obrero a declararse en huelga para ganar algo más, de modo de poder pasar mejor la vida. Al obrar así ese obrero, no tiene en cuenta la justicia de su demanda. Simplemente quiere tener algunas pocas comodidades de las cuales carece, y si las obtiene, hasta se lo agradece al patrón, con cuya gratitud demuestra que no tiene idea alguna sobre el derecho que corresponde a cada trabajador de no dejar ganancia alguna a sus patronos.

En cambio, el obrero que se declara en huelga con el preconcebido objeto de obtener no solo un aumento en su salario, sino de restar fuerza moral al pretendido derecho del Capital a obtener ganancias a costa del trabajo humano, aunque se trate igualmente de una huelga, obra el trabajador en este caso conscientemente y la trascendencia de su acto será grande para la causa de la clase trabajadora.

Pero si este movimiento espontáneo, producido por el instinto de la propia conservación, es inconsciente para la masa obrera mexicana, en general no lo es para una minoría selecta de la clase trabajadora de nuestro país, verdadero núcleo del gran organismo que resolverá el problema social en un porvenir cercano.

Esa minoría, al obrar en un momento oportuno, tendrá el poder suficiente de llevar la gran masa de trabajadores a la conquista de su emancipación política y social.

Esto en cuanto a la situación económica de la clase trabajadora mexicana.

Por lo que respecta a su situación política, a sus